

Cuarto de cinco hijos, Keith era incapaz de recordar una época en la que no estuviera en conflicto con sus padres, en que no fuera un chivo expiatorio culpado por todo tipo de pecados y faltas. Su padre era un alcohólico cuya condición empeoró considerablemente a partir de que Keith cumpliera los once o doce años. Su madre le consideraba desobediente e incontrolable, acusándolo regularmente de modo que su padre se centrara en él, golpeándolo en estado de ebriedad, provocando escenas desagradables para que se arrepintiera de haber alterado a su madre. El muchacho siguió siendo un testarudo irredento; nunca cedía.

A los trece años, durante un verano particularmente caluroso en San Luis, se pasó tres meses durmiendo afuera en el jardín, en una hamaca. A sus padres no les hacía gracia la situación, pero si él accedía a quedarse en su cuarto, al llegar la medianoche o la una de la madrugada ya volvía a estar en su hamaca, escuchando su Walkman o los ruidos nocturnos. Sus amigos venían a verle, cargados con cerveza o hierba, y en un par de ocasiones consiguió incluso consumir atrevidos encuentros románticos. Muchas noches vagaba por las calles. A las cinco y media de la mañana salía con su bicicleta a repartir el *St. Louis Herald-Dispatch*.

Robaba pilas para el Walkman y cualquier otra cosa que pensara que necesitaba de verdad, y nunca le pillaron. Su madre no le permitía tocar el piano de la familia, de modo que se hizo con una guitarra. Practicaba sin hacer ruido, con las cuerdas empapadas, afuera en el jardín.

Su hermano y su hermana mayor, universitarios a distancia segura desde antes de que su padre degenerara del todo, culpaban a Keith de ser el causante de todos sus problemas. A él le desagradaban. Eran ignorantes, nunca habían experimentado aquello por lo que él estaba pasando. Tampoco quería explicárselo.

Era una humillación verse con el brazo retorcido a la espalda de tal manera que parecía a punto de romperse, a una fracción de centímetro de quebrarse como el endeble hueso de un pajarillo.

Odiaba a sus padres. No le asustaba decir que se alegraría cuando muriesen. Vivían en perpetua oposición, perpetuo enfrentamiento. Tanto su madre como su padre le decían que nunca llegaría a nada. Era perezoso y nunca prestaba atención, estaba demasiado pagado de sí mismo sin tener motivos para ello en el mundo real.

9

Cuando Keith tenía dieciocho años se metió en líos con la justicia. Le detuvieron por intento de asesinato, aunque no era probable que dicha acusación fuera a llegar muy lejos.

Lo que sucedió fue que había un propietario de club nocturno llamado Walter Baumgartner que era un canalla reconocido, pero en San Luis no había mucho donde elegir y si querías tocar en directo prácticamente no te quedaba otro remedio que tratar con él antes o después. Baumgartner hacía cosas como prometerte la mitad de lo recaudado en puerta para luego, al final de la velada, decir: «Aquí tenéis vuestros trescientos dólares», y por mucho que protestaras él repetiría una y otra vez, haciéndose el sorprendido: «Pero eso fue lo que acordamos».

Eso a pesar de que hubieras colocado a un amigo con contador en la puerta y a tu grupo le correspondieran en realidad unos ochocientos dólares.

Había un millón de modos en los que, además de ser un mentiroso y un gilipollas, se comportaba como un canalla. Supuestamente era el dueño de un servicio de acompañamiento, y sus porteros vendían todo tipo de drogas importadas. Los rumores abundaban.

Pues bien, un sábado por la noche, después de que el grupo

de Keith, Cum, tocara hasta tarde, empezó a caer un auténtico diluvio, un monzón, de modo que Walter les dijo:

—¿Por qué no dejáis el equipo aquí esta noche? Podéis pasar a recogerlo mañana por la tarde.

A Michael le preocupaba la seguridad, pero Baumgartner le dijo que tenía un sistema de alarma activado por sensores de movimiento y que, además, estaba asegurado, así que, bostezando, los Cum se volvieron a casa a dormir. A Keith, por su parte, jamás se le pasó por la cabeza que algo pudiera ir mal.

Al día siguiente, cuando fueron a recoger su equipo, habían desaparecido los dos amplificadores de guitarra. El sicario de Baumgartner, Reg, se hizo el sorprendido y llamó a Walter a casa. Éste dijo que no había ningún problema, que su seguro lo cubriría, etc.

Fue sólo en el transcurso de los siguientes días cuando Keith averiguó que no era la primera vez que Baumgartner se la jugaba a alguien de aquella manera. Varios grupos habían perdido ya parte de su equipo y la aseguradora resultó ser una empresa dudosa que nunca le había pagado a nadie. Keith se sintió particularmente ultrajado debido a que sentía un cariño *extremo* por su amplificador, un Kustom Reverb Special que consideraba único. Adoraba su aparato. También le tenía cariño a su guitarra, por supuesto, pero había ciertos sonidos cruciales que sólo era capaz de extraer mediante aquel insustituible amplificador.

Lo que más le enfurecía era tener la sensación de que Baumgartner pudiera pensar que Keith le tenía miedo. Miedo físico. Corría la leyenda de que, un par de años antes, en Chicago, Walter Baumgartner había asesinado a un individuo que podría haber testificado en su contra en un caso de impresión de entradas falsas que nunca llegó a juicio. El tipo desapareció y su cuerpo nunca había sido hallado. Además, Walter era un tipo grandote, con bigotón, que siempre irrumpía agresivamente, rodeado de sus porteros y de otros individuos de dudosa catadura.

De modo que Keith le compró un arma, un revólver calibre 32, a un camello al que conocía. Una noche entró en el club y subió directamente a la oficina, ya de madrugada, le puso la pistola a Baumgartner en la sien y le dijo:

—Quiero que me devuelvas mi ampli.

—¿Es que has perdido la puta cabeza?

Walter pareció tomarse bastante bien aquello de tener un revólver apuntándole a la cabeza. No debía de creer que estuviera cargada o que Keith fuera a ser capaz de apretar el gatillo. Como si estuviera en una película, Keith disparó contra una ventana. Para demostrar su sinceridad.

—No lo entiendes, Walter. Ese amplificador no vale demasiado, es una antigualla, pero yo lo necesito.

Justo cuando parecía que Baumgartner estaba dispuesto a ceder, llegó la policía. Keith se entregó.

El arresto reivindicó la mala opinión que sus padres tenían de él. Baumgartner no quiso presentar cargos, probablemente porque no quería que escrutaran sus negocios, pero además del intento de asesinato había otros cargos como posesión ilegal de un arma de fuego, descarga de un arma de fuego, amenazas y cantidad de mierdas parecidas.

Keith aprendió lo que es la cárcel. Su padre no quiso pagar la fianza o por lo menos se tomó su tiempo para pensárselo. El padre de Michael, que era abogado, aportó los fondos.

En última instancia, Keith no tuvo que cumplir condena, a pesar de que durante una temporada no lo tuvo demasiado claro. Su amplificador había desaparecido para no volver jamás. Keith expresó contrición ante un juez conocido del padre de Michael y se libró con una libertad condicional.

Un año más tarde, Keith y Michael Stein se trasladaron a Nueva York. Keith había ahorrado dinero, trabajando como mensajero para el bufete del señor Stein. Stein le apreciaba y fue un buen trabajador.

Walter Baumgartner cerró su club nocturno y empezó a tener problemas con Hacienda.

Keith todavía puede recordar, con toda claridad, el modo en el que Baumgartner mantuvo la compostura, dispuesto a morir con tal de no ceder. Si la policía no hubiera aparecido, puede que Keith le hubiera disparado únicamente por la irresistible curiosidad de ver qué es lo que pasaba a continuación.

10

En Nueva York es donde Keith pasó a obsesionarse con la música a un nivel mucho más intenso, consiguiendo grandes progresos, oyendo continuamente nuevos sonidos en el interior de su cabeza.

Tuvo una novia que fue muy importante para su desarrollo; la trataba mal y era consciente de estar haciéndolo. Ella probablemente le habría perdonado, pues era de ese tipo de personas, pero él siente una punzada de remordimiento cada vez que se acuerda de ella.

Se llamaba Barbara y no era especialmente guapa ni moderna; de hecho, en ocasiones ella misma bromeaba sobre su falta de estilo. Keith nunca estuvo enamorado de ella, pero la quería, en cierto modo, y ella escuchaba su nueva música; fuera lo que fuese que compusiera, Barbara se mostraba encantada y respondía. Durante mucho tiempo fue su mejor público. Le animaba, le halagaba y le reconfortaba cuando necesitaba apoyo emocional.

El problema era que, en los círculos sociales en los que se movía, no le gustaba particularmente ser visto con ella. Barbara le parecía anticuada, y en secreto era tan engreído como para pensar que sería mejor para su «imagen» aparecer cogido del brazo de alguna zorra llamativa.

Barbara se sintió herida. Keith intentaba quitarle hierro al

asunto, pero comprendía su punto de vista, entendía que su comportamiento pudiera ser considerado traicionero y superficial. Realmente lo era. Pero descubrió que, a medida que su nuevo grupo, SMX, se convertía en una moda local, cada vez le resultaba más fácil conseguir un ilimitado número de tontitas encantadas de escuchar sus nuevas canciones. Venía a ser lo mismo.

¿Tan insufrible era? Principalmente lo único que le preocupaba era la música. Había un espacio ideal y utópico en el que se internaba más o menos a voluntad. Un campo sónico real que se fusionaba con posibilidades sugestivas, imaginadas, momentos hipotéticos de trascendencia y flujo rítmico. La música que oía le ofrecía pistas para un perfecto entendimiento de este mundo, una banda sonora armoniosa en la que cuerpo y mente se conectaban en una única y beatífica onda electroquímica. Te ves separado del tiempo, del lazo de la gravedad con las aceleradas revoluciones de la Tierra.

Keith era un idealista. El nombre SMX no significaba nada en particular. Se parecía a SEX o a S&M o a SPX, una pedalera de efectos que usaban tanto Keith como Michael. SMX podía pronunciarse «Smacks», lo cual tenía cierto matiz drogata o era una marca de cereales; deletreado parecía un modelo de coche.

Sobre el escenario, Keith llevaba a menudo gafas de sol, una camiseta blanca y el pelo corto. Las gafas de sol le ayudaban a superar su pánico escénico; odiaba los focos calurosos y deslumbrantes. Se sentía como saliendo de una nave espacial a la superficie supercalentada de Venus, siempre irreal, como si estuvieras en una película repleta de efectos especiales sin supervisar.

Guitarras que sonaban como una orquesta de flautas invertida o como un piano de cola cortado en dos por una melodiosa motosierra. La untuosa retroalimentación del Diablo del *wah wah*.

Keith conoció a Renata Spengler en una sesión fotográfica.

Ella conocía al fotógrafo y había ido a hablar con él de algún tema. Luego, se quedó a pasar el rato. Keith sintió una absurda confianza en sí mismo al abordarla.

Los miembros de SMX posaron vestidos con chupas de cuero para la edición francesa de *Vogue*. Tania, la bajista, se quitó la camiseta. La intoxicación de los oropeles y las alabanzas, y la corriente constante de ridículo baboseo, les había afectado a todos. Sus antiguos amigos quedaron desplazados a uno y otro lado. Nadie que no estuviera allí habría podido entenderlo.

11

El sistema de seguridad es anticuado, no resulta difícil desconectar la alarma. Y Consuela dijo que no tienen perro. La puerta principal está lo suficientemente lejos de la casa como para que parezca seguro entrar con la furgoneta en vez de dejarla en la calle. Podrán acercarla a la casa y tomarse su tiempo tan pronto como el cabrón que se encarga de cuidarla haya quedado reducido.

Elvis Morales. Víctor y Teddy Rodríguez. Acechan un rato por el exterior de la casa, mirando a través de las ventanas y viendo más bien poco, comprobando si el Mercedes-Benz (que también pretenden robar) está en el garaje. Sí que está.

Pueden oír música en el interior y, como hay varias luces encendidas, no están seguros de dónde puede estar el tipo. Son las dos y media de la madrugada. Reticentes, se ponen unos pasamontañas para que no les vea las caras. Es posible que tengan que mostrarse duros, pero no tienen intención de matarlo. Eso sería un crimen de otra categoría completamente distinta. Olvídalo. Si te enchironan por algo así ya no vuelves a salir. O en caso de hacerlo serías ya un anciano.

En cualquier caso, los tres van armados. Elvis tiene una 9mm que se le ha atascado en un par de ocasiones al probarla. Elvis

la ha limpiado y le encargó a Víctor que le echara un vistazo y ahora parece volver a funcionar sin problemas. Pero si de verdad necesitara matar a alguien o defenderse, llevaría otra cosa. Los hermanos Rodríguez cargan sendas Smith & Wesson calibre .38. Teddy es el más joven, el del mal genio. Víctor intentará mantenerlo alejado del yanqui en caso de que éste haga alguna estupidez o diga algo que pudiera cabrear a Teddy. Víctor sólo quiere que todo salga tal y como lo han planeado. Los tres están nerviosos, exaltados y excitados, pero también algo asustados. Ni siquiera en los trabajos en apariencia más fáciles puede uno confiarse. Dios podría decidir joderte de mala manera, acabar contigo. Bajo tierra, tío.

De modo que son cautos. Intentan ser precavidos. Elvis siente cierta responsabilidad hacia los otros, porque es su novia quien ha elegido el lugar.

Los ladrones entran en la casa. Han encontrado una puerta abierta. Es una casa elegante, llena de objetos elegantes. Quizá se sientan un tanto impresionados por el esplendor, pero no tendrán ningún escrúpulo en desmontar y llevarse todo lo que les quepa en la camioneta. Como si trabajaran en una empresa de mudanzas. Tan pronto como empiecen, se limitarán a hacer su trabajo de manera simple y eficiente.

Con las máscaras aún puestas, localizan por fin al único inquilino. Está escuchando un disco compacto o a lo mejor un casete. Qué buen equipo. Elvis dice:

—Si cooperas, te prometo que no te pasará nada. Tú tranquilo.

El yanqui se ha levantado y retrocede un par de pasos, con pinta de asustado, pero no completamente paralizado ante la pistola como debería. Sólo Elvis ha sacado la suya para apuntarle. Teddy lleva la soga para atarle. Víctor está al otro lado del pasillo, comprobando las demás habitaciones para asegurarse de que no hay nadie más.

Teddy saca un rollo de esparadrapo para tapparle los ojos al tipo y cerrarle la boca.

—¿Me has entendido? —pregunta Elvis, y el yanqui responde:

—Sí, te he entendido. Sería mejor para vosotros que os marcharais cuanto antes, pero no creo que vaya a bastarte con mi palabra, ¿verdad? Ojalá fuera así.

—No, tío —dice Elvis, sonriendo bajo su agobiante máscara, preguntándose dónde se ha metido Víctor, mientras Teddy avanza con la sogá y le da un empujón al tipo sin ningún motivo. Elvis no considera pertinente amonestar a Teddy delante del tipo.

¿Dónde está Víctor? Elvis se gira para mirar y ahí está la chica, le sobresalta, no es lo que esperaba ver, por el rabillo del ojo tiene la impresión de que algo le ha pasado a Teddy, la tipa tiene sangre en los labios y le mira fijamente, acercándose a él. En un acto reflejo, Elvis aprieta el gatillo y la 9mm le clava un par de balas, el impacto la sacude, pero ella se limita a sonreír y sigue avanzando. Elvis está tirado de espaldas en el suelo, como congelado, incapaz de moverse. Todo sucede a cámara lenta pero rápido de cojones.

Elvis siente que debería estar muerto, como si estuviera agonizando, y se acuerda de aquella vez en que lo apuñalaron y despertó en el hospital, nada le preocupa.

A su lado hay algún tipo de alboroto, pero el esfuerzo de volver la cabeza para echar un vistazo es superior a él. Algo pasa con Teddy. Y luego Teddy está acabado.

Alguien le quita el pasamontañas. Vale, así está mejor. Le observan desde arriba.

—¿Puedes hablar?

Elvis no puede. Pero al menos puede parpadear. No, tampoco.

La chica dice:

—Éste es el mejor. Le sacaré algo. Hay otro en la cocina.

El cálido aliento de la chica sobre su cuello le resulta muy

agradable. Elvis jadea. Música. El mundo queda inundado por una pieza de música clásica para piano. Elvis mira hacia el infinito y olvida.

12

Antes de que los tres ladrones irrumpieran en la casa, Justine había entrado en la habitación anunciando: «Tenemos visita». Parecía alterada. Keith le ha preguntado qué quería que hiciera. Su postura indicaba que estaba dispuesto a hacer lo que ella necesitara. Esta *violación* de su hogar... Keith ha podido percibir que era algo temido y aborrecido por Justine. Ella ha dejado escapar un jadeo, sólo por un segundo, como si fuera presa del pánico, mientras la transcripción al piano de Wagner interpretada por Glenn Gould seguía sonando, excesivamente sentimental y melodramática, en lenta pero inacabable progresión... y después ha desaparecido.

Cuando han entrado, Keith ha sentido que Justine estaba a punto de hacer algo, pero ignoraba qué. Estos tipos han tenido mala suerte a la hora de elegir una casa para robar.

En el momento en el que Justine ha aparecido y el tipo ha intentado dispararla, Keith se ha abalanzado sobre el otro y lo ha arrojado al suelo. El tipo estaba intentando sacar una pistola del bolsillo de la chaqueta, distracción que ha permitido a Keith darle un rodillazo en la entrepierna y agarrarlo hasta que Justine se ha acercado para morderle en el cuello. Le ha resultado más difícil de lo habitual, ya que el tipo no estaba preparado, no ha habido trance para relajarle, sólo colmillos desgarrándole la garganta.

A Keith no le disgusta la sangre. Se asombra de sí mismo al ver lo bien que es capaz de soportarla, al comprobar que es capaz de participar en actos malvados, pero es que todo esto del vampirismo le sigue pareciendo tan surrealista y además tiene un lazo tan extraño con Justine... Uno hace lo que tiene que hacer.

Cuando Keith consumía heroína, cada vez que se pinchaba una vena pensaba que quizá fuera a morir. Dicha idea pasaba por su cabeza todas y cada una de las putas veces. Es tan débil... Está más allá de la debilidad. Indefenso. No pasa nada. Matar a estos tipos, ver cómo les matan, es en cierto y diminuto modo como un amable escalofrío de venganza... venganza contra los matones venezolanos que le rompieron los dedos uno a uno en la cárcel de Venezuela.

Las manos le duelen mucho mientras arrastra a los dos tipos al exterior. Le lleva un rato. El dolor hace que les odie más. Se siente feo y avergonzado. No quiere volver a la luz, pero lo hace.

Justine sigue chupando el cuello del más atractivo, tomándose su tiempo. Cuando levanta la mirada hacia Keith es como si estuviera borracha y él se siente complacido, le agrada que tenga suministros, sustento... pinta rosas en sus mejillas.

Justine se levanta, limpiándose la boca con la manga.

—Ven aquí —dice, y él obedece, cerrando los ojos al abrazarla; debe de haber sentido miedo, pues se da cuenta de que está temblando entre los brazos de ella.

—¿Estás bien? —le pregunta Justine.

—Sí. Los disparos... ¿Te han dado?

—Me han atravesado —dice Justine—. Han salido por el otro lado.

Juntos, arrastran a este ladrón muerto y desangrado al exterior. No quieren manchas de sangre en la alfombra. Justine regresa de la cocina con un cuchillo de trinchar y les cortan a los tres la garganta sobre la hierba, bajo la luna. Keith corta la del tipo con el que tuvo el forcejeo, el que hizo que le duelan las manos. Ya ha hecho esto con anterioridad, en una ocasión, a un individuo que ya estaba muerto. Esta vez, al cortar, siente el asesinato. Es un asesinato. Se siente poseído por un enfermizo siseo eléctrico. Un extraño zumbido discordante. Podría seguir

cuanto hiciera falta. Acaba de darse cuenta. Podría serrarle la cabeza al tipo. No se le escapa que los tres ladrones estaban en posesión de distintas conciencias, de sus respectivos «yos». Keith se estremece, pero continúa. El misterio de la muerte se halla frente a él, en carne y hueso.

Es laborioso, a pesar de que Justine es sorprendentemente fuerte. En realidad acaban rápido. Meten los cadáveres en la parte posterior de la furgoneta. Keith la conducirá hasta algún lugar alejado y quizá le prenda fuego. Hay una lata de gasolina en la parte trasera.

—¿Estás seguro de que podrás hacerlo? ¿Cómo volverás?

—Me llevaré la moto —contesta él impetuosamente. En el garaje hay una motocicleta. Nunca se ha preguntado a quién podría haber pertenecido en el pasado.

Cuatro y media de la mañana. Cuando llega el amanecer, Justine debe encontrarse completamente protegida de los rayos del sol. Puede que Keith sea un poco fotosensible, pero no prevé problemas.

Keith abraza a Justine y ésta le besa en la mejilla. Desprende una calidez increíble. Como un loco, cambia las marchas con sumo cuidado y pronto deja atrás el barrio. Se siente como si nunca más fuera a ser capaz de encontrar el camino de vuelta, como si estuviera viajando a Marte. Se siente imprudente y el miedo le cala hasta el tuétano.

13

Limpiar arrodillada la sangre derramada dentro de la casa le ofrece cierto consuelo a Justine. No ha vivido una escena similar en mucho tiempo. Pero es capaz de recordar, intensa aunque caóticamente, haber sido cazada como un animal, ese espantoso sentimiento de no conocer ningún lugar seguro en el que refugiarse.

Espera que Keith esté bien. Justine lo necesita. Ha pasado tantos años en desolado y horrible silencio, inhumano, incurable... ella sí que ha divisado y ha experimentado la dolorosa soledad de un universo sin Dios, y se ha insensibilizado a sí misma, existiendo como una criatura hecha de madera o de piedra o de mierda.

No, es mejor imaginar a Dios observándote, al tanto de todo lo que cruza por el interior de tu alma, incluso si por tu misma existencia debes pecar, incluso si pudieras ser considerada en términos ordinarios como un demonio del infierno.

Dicen que, comparada con otros planetas, la Tierra es joven; por lo tanto, también sus formas vitales son jóvenes. Niños, en realidad, seres infantiles, siempre perseverando lentamente en el camino hacia el espíritu puro, hacia el reino de lo que uno podría considerar la Luz.

Puede que Justine y otros como ella tengan que existir en la Oscuridad, razona ella, pero no es culpa ni decisión suya. El motivo debe de ser mucho más vasto y complicado de lo que cualquiera podría concebir. ¿Por qué hay bebés que nacen ciegos, mudos o todo a la vez? Todos los horrores mundanos. Justine intenta comprender, pacientemente, como lo haría alguien que ha recibido un don complicado. Se le ha permitido morir y a la vez seguir viviendo. Uno podría preguntarse qué utilidad puede tener esto, teniendo en cuenta los términos de su existencia. Ella no lo sabe.

Mientras se va quedando dormida, recuerda —una memoria buscada premeditadamente, y encontrada—. Recuerda al devoto joven sacerdote, hace mucho, al que visitó una noche con intención de confesarse.

¿Qué era lo que le había dicho? Oh, ella estaba hambrienta, lo había hechizado, pero muy ligeramente... y luego habían charlado, a media noche en la iglesia del pueblo. Le dijo que él no era quién para juzgar la perversidad de su existencia, que no era de este mundo... era más vieja que eso, más vieja que el propio pecado, quizá. Venía de antes de la caída de los ángeles.

Justine ha pensado a menudo en ello desde entonces. O ha intentado desprenderse de tal idea, por absurda y peligrosa.

El sacerdote le dijo, cuando ella le preguntó sobre el infierno, que el infierno es un lugar en el que nadie es capaz de amar. No amar. Y le dijo: «Podrá parecerle un concepto ordinario... pero incluso comprender lo que es el amor es un modo de amor. Un regalo de Dios. El amor viene de Dios». Resulta sorprendente, teniendo en cuenta la época, que no conjurara tormentos y exóticos fuegos. Quizá el «veneno» de Justine (que ella siempre ha considerado una especie de jarabe azucarado) lo embriagara ligeramente, de tal forma que se viera impelido a una reflexión algo más personal o quizá fueron las extraordinarias circunstancias las que le afectaran de tal modo.

Los cirios ardían, la cruz se alzaba sobre ellos mientras se aproximaban al nártex. Afuera todo era lúgubre invierno, noche interminable. Justine no mató al sacerdote. Lo dejó inconsciente; supondría que había sufrido una caída y se había herido en el cuello. Se recuperaría. Estaría bien.

Keith le recuerda, se acaba de dar cuenta, a aquel joven sacerdote de la Provenza. Tan inocente, tan sencillo y falto de vanidad. ¿De verdad es Keith así? Justine intenta concentrarse y conjurarlo. El sacerdote tenía un rostro vulgar, poco agraciado incluso, frágil y demacrado. No, el parecido, si es que hay alguno, no es físico. Es más bien una especie de *rima* indefinible.

14

Disociado de sí mismo, pero sintiéndose bastante cuerdo, Keith se sorprende a sí mismo hablando con Renata: «Mira a lo que me has llevado», pensando por algún motivo que, desde la tumba, dispersa, con sus problemas resueltos, ella le comprenderá. Quizá incluso le perdonará.

Esto es lo peor que ha hecho en la vida. Ha sido tan fácil...

En determinado momento se abofetea a sí mismo, como para obligarse a darse cuenta de la gravedad de su crimen, pero la bofetada y la charla son en beneficio propio, y Keith se da cuenta de ello a pesar de que se siente incapaz de dejar de hacer el tonto. Lo cierto es que sabe perfectamente lo que está sucediendo y cuál es su papel en todo esto.

Antes de conocer a Justine, hizo muchas cosas de las que se sentía avergonzado. La más dramática fue el modo en el que maltrató a Renata, el modo en el que la malinterpretó. Estaba allí mirándola a la cara mientras se hundía en el abismo. La miró a los ojos y no la salvó.

Antes de aquello, hubo muchas otras cosas, pero en comparación todas le parecían pequeñas y triviales. Renata supo leerle a la perfección. Lo *sabía*, sabía cómo era, lo eligió porque sabía que la ayudaría a caer.

Una noche, cuando aún llevaba con Justine sólo un par de semanas, quizá un mes, cuando aún estaban adaptándose a la nueva situación... una noche la llevó hasta Venice, entraron juntos en una discoteca y luego se separaron. Keith estaba nervioso, tanto que pronto salió a esperar en el coche. Le daba miedo (probablemente sin fundamentos) que alguien relacionado con el ambiente musical pudiera reconocerlo, que pudiera toparse con algún conocido.

Pronto, Justine salió con un joven. «Es mi chófer», la oyó decir Keith, y el joven se rió en voz baja, murmurando algo. Luego se hizo el silencio. Keith no quiso ni mirar por el retrovisor.

Oyó una especie de sonido. Prosiguió durante un rato y luego Justine pronunció su nombre. «Keith». Él hizo girar la llave en el contacto para poner en marcha el automóvil. «No», dijo ella. «No, para. Mírame. *Mírame*».

Y él se volvió y vio la sangre, los colmillos, las dos incisiones negras en la penumbra. Era una especie de prueba. Keith extendió la mano y Justine le besó la muñeca, mirándole directamente

a los ojos, rozando tentadoramente con los colmillos su sensible piel.

—¿Me ayudarás?

Keith asintió en silencio. Después dijo:

—Sí. No pasa nada.

Llevaron al chaval hasta un parque, lo sacaron del coche y lo tendieron sobre la hierba. Keith se arrodilló, tomó el cuchillo que Justine le tendía y cortó la garganta de modo que pareciera una herida plausible.

Después de aquello, Justine no volvió a pedirle que hiciera nada parecido. Si había vuelto a matar, Keith no lo sabía.

Esta noche, sin embargo, Keith había sabido que el ladrón seguía vivo cuando le rebanó la garganta. Con circunstancias atenuantes, vale, pero era un asesinato en cualquier caso. Algo permanente e irremediable. Una conciencia y una personalidad eliminadas de manera violenta. Keith intenta olvidar. Tiene tareas pendientes e intenta perderse en los detalles, uno tras otro.

Tras haber llevado la camioneta hasta un lugar remoto, le prende fuego. Esto llamará la atención al mismo tiempo que borra las pruebas. Ya se ha apoderado de todos los documentos identificativos de los ladrones y ha retirado del bolsillo de la víctima de Justine un mapa de la casa en el que aparece apuntada la dirección. Se aleja de allí montado en la moto, mientras la mañana pasa consecutivamente del gris acero al plata y luego al azul rosado. Que ardan. Se da cuenta de que puede que el fuego sea innecesario, pero es necesario *para él*. Como un ritual, un gesto de sacrificio. Se siente como un hijoputa sin ley en los tiempos en los que Justine sólo era una niña. Exultante en la destrucción. Que ardan.